

FERNANDO FORTÚN: SU OBRA Y SU PERSONA

Todo lector familiarizado con la poesía hispánica moderna reconoce de inmediato el nombre de Fernando Fortún por ser coeditor de la antología *La poesía francesa moderna* (Madrid, 1913), preparada con el escritor español Enrique Díez-Canedo. Muy leída en la época, esta antología fue aprovechada por los poetas de aquellos años, no siempre bien informados sobre los movimientos literarios en Francia a partir de los parnasianos y los simbolistas. Este volumen, pues, tiene la singular importancia de constituir una fuente para la temprana formación de muchos escritores modernos, especialmente en Hispanoamérica. Cabe recordar que los editores no sólo hicieron sus propias versiones, sino que incluyeron las de otros traductores.

Si todo el mundo conoce los méritos superiores de Díez-Canedo, fino crítico y poeta, en cambio poco se sabe de Fernando Fortún (1890-1914), escritor de breve vida y parca obra. Las presentes páginas aspiran a puntualizar unos pocos datos referidos al malogrado poeta, que pasó como relámpago por el mundo literario español durante las primeras décadas del siglo. Sin embargo, a las alturas de hoy la información sobre Fortún es escasa, y su nombre suele faltar en los manuales y diccionarios de la literatura, a menos que se le mencione de paso como uno de los editores de la aludida antología. Tampoco ha tenido mucha suerte en las colecciones poéticas de la época¹ aunque en tiempos más

¹ Al formar en 1906 la antología “oficial” del modernismo (*La corte de los poetas*, Madrid, 1906) Emilio Carrère no incluye a Fortún; Eduardo de Ory (*La musa nueva*, Zaragoza, 1908), cuya antología complementa la anterior, recoge un solo poema (“Spes”, pp. 70-71), y posteriormente José Brissa (*Parnaso español contemporáneo*, Barcelona, 1914) y Ramón Segura de la Garmilla (*Poetas españoles del siglo xx*, Madrid, 1922) incluyen el largo poema “En tierra vasca”, uno de los más característicos del poeta recién fallecido hacia aquellos

recientes han sido incluidos algunos poemas suyos en las de la poesía modernista². Como ejemplo típico me permito transcribir la nota de presentación que hace Federico Carlos Sáinz de Robles, quien recoge en su amplia antología cinco composiciones de Fortún:

Poeta y crítico. Sabemos muy poco de su vida. Tradujo, con Díez Canedo, magistralmente, una *Antología* de poetas franceses con temporáneos. Colaboró con asiduidad en algunas revistas universitarias. Como lírico poseyó un hondo pensamiento filosófico, una expresión moderna y tersa, gran sensibilidad. Obra: *Reliquias* 1914³.

No menos informativas y vagas, por no decir equivocadas, son las palabras de González Ruano (recoge dos poesías en su antología): “Nació en Madrid. Murió en 1914. Por lo poco que de él conocemos, Fernando Fortún aparece como un poeta bien dotado con pocos contactos con su tiempo y un pensamiento filosófico. Publicó: *Reliquias* Madrid, 1914)”⁴. En cambio y por otra parte, sería injusto no citar aquí un reciente y bien informado artículo de Juan Manuel Bonet, cuyo acertado título (“Tras la sombra de Fernando Fortún”) sugiere por supuesto la evidente dificultad que hay para precisar datos sobre el poeta⁵.

años. No figura Fortún en las antologías ya clásicas de Gerardo Diego (1931-1934) y de Federico de Onís (1934).

² En su *Antología de la poesía modernista* (Barcelona, 1969) Pedro Gimferrer incluye de Fortún cuatro de los “Sonetos románticos” y tres otros poemas (pp. 270-275). Ignacio Prat (*Poesía modernista española*, Madrid, 1978) reproduce nueve poemas más unos fragmentos (pp. 200-208). Antonio Fernández Molina (*Antología de la poesía modernista*, Madrid, 1982) incorpora cuatro poemas de Fortún (pp. 229-231).

³ FEDERICO CARLOS SÁINZ DE ROBLES, *Historia y antología de la poesía española*, Aguilar, Madrid, 1948, pp. 1443.

⁴ CÉSAR GONZÁLEZ RUANO, *Antología de poetas españoles contemporáneos*, Barcelona, 1966, p. 289.

⁵ JUAN MANUEL BONET, “Tras la sombra de Fernando Fortún”, *Fin de Siglo*, 1984, núms. 9/10, 41-52. PÈRE GIMFERRER recoge en su libro *Los raris* (Barcelona, 1985) una nota “Fernando Fortún, ahora” (pp. 245-247), en la cual elogia el artículo de Bonet, opinando que el olvido en que ha caído la obra de Fortún se debe a un hecho temporal: su obra fue interrumpida precisamente cuando empezaba a afirmarse un cambio fundamental en la literatura hispánica. Pregunta luego si Fortún, detenido por la muerte a mitad de camino, hubiera podido superar el ámbito modernista, agregando “no resultó sólo conmovedor y pintoresco, sino también en sus piezas máximas, técnico

DOS OBRAS DE FERNANDO FORTÚN

En vida Fortún publicó una sola obra, luego repudiada por su autor: *La hora romántica* (Madrid, 1907). El libro tiene prólogo de Villaespesa (pp. 7-13), en que se acuerda de su propia adolescencia al comentar la poesía primaveral de su amigo, y advierte en ella el alto grado de intensa subjetividad ("Su poesía es toda alma", p. 12) tan evidente en esos versos del joven poeta, de sensibilidad precoz. Señalada la sobriedad del libro, Villaespesa caracteriza con acierto la poesía de Fortún de la siguiente manera:

... Prefiere el dibujo al color; huye de los tonos agrios, de las notas ásperas, buscando, en cambio, las grandes pausas, los largos silencios, porque en ellos siente mejor el ritmo interno de su alma. Ama las penumbras donde sus ojos, libres de la ceguera de la luz, pueden distinguir y separar los matices más inverosímiles (pp. 12-13).

Poesía intimista, pues, de tono menor, melancólica y rica en sensibilidad. Romanticismo sí, en el sentido más amplio de la palabra, depurado y personal por una parte, y modernismo refrenado o apagado por otra. En una carta de 1910 dirigida a Juan Ramón Jiménez, a quien le había mandado anteriormente un ejemplar de *La hora romántica*, escribe Fortún el siguiente juicio severo sobre aquel libro suyo que "... fue el hijo de los alborotos y las inocencias de mis diez y seis años, y de cuyo nombre no querría acordarme; procure usted olvidarlo, se lo pido"⁶. Más adelante nos ocupará la temprana poesía del libro primigenio de Fernando Fortún.

Póstumamente se publicó otro libro, de tipo misceláneo, en una tirada de doscientos ejemplares no destinados a la venta: *Reliquias* (Madrid, 1914), cuya pulcra edición fue cuidada por Juan Ramón Jiménez⁷. El volumen consta de varias partes: poesías,

mente admirable" (pp. 246-247). Debido a la gentileza del profesor Nigel Dennis, me ha sido posible consultar la tesis de maestría de Mercedes Roldán presentada en la Universidad de Ottawa (1990) con el título de *Fernando Fortún y el modernismo español*. La investigación de Mercedes Roldán me resultó muy útil, porque ella recoge algunos datos biográficos de Fortún que no tenía al iniciar el presente trabajo. Para los dos, mis más expresivas gracias.

⁶ FERNANDO FORTÚN, *Reliquias*, Madrid, 1914, p. 130. En las presentes páginas se utilizan dos abreviaturas para referirse a las obras de Fortún: *H* (*La hora romántica*, Madrid, 1907) y *R* (*Reliquias*, Madrid, 1914).

⁷ JUAN GUERRERO RUIZ, *Juan Ramón de viva voz*, Madrid, 1961, p. 33. Según BONET (art. cit., p. 45), Díez-Canedo colaboró en el rescate de los tex-

1907-1914 (pp. 11-84), escritas después de la publicación de *La hora romántica*; dos prosas críticas (“Tassara”, pp. 87-98 y “Rodrigo Caro y el Capitán Andrade”, pp. 99-110)⁸; y una serie de fragmentos y esbozos de poemas no acabados, versos sueltos y notas (pp. 113-120). Cierra el libro un interesante epistolario (1910-1913) a Juan Ramón, Cipriano de Rivas (Rivas Cherif) Díez-Canedo, así como otras, principalmente las que fueron dirigidas a su madre hacia finales de su vida (pp. 129-171). Según los encabezados de las cartas, se ve que Fortún estuvo al menos una porción (tres meses) del año de 1910 en París, luego en Ginebra al año siguiente, y en Andalucía (Jerez, Sevilla, Málaga) durante 1913. En las cartas a su madre elogia calurosamente las ciudades andaluzas, de modo especial a Sevilla (“ciudad dramática”, *R*, p. 166) aunque expresa menos entusiasmo ante Málaga.

Entre las cartas publicadas en *Reliquias* se incluyen siete de tono personal enviadas a su amigo Cipriano de Rivas. Son del año 1910 (cinco escritas en París, dos en Madrid) y quizá la última sea de febrero del año siguiente. Debido a la falta de testimonio sobre la persona de Fortún (más adelante se transcribe el retrato sutil hecho por Juan Ramón), conviene intentar decir algo sobre la intimidad espiritual del escritor, y las aludidas cartas sirven precisamente para revelar algunos rasgos de su carácter. En un plano informativo Fortún habla desde luego de sus impresiones: no enteramente favorables al comienzo, de la capital francesa, de sus diversiones (teatro, exposiciones de arte, nuevas lecturas: especialmente de André Gide). Sin embargo, en instantes de acendrado autoanálisis, se refiere Fortún a problemas psíquicos que le afligían. En efecto, durante aquellos meses pasa por una crisis espiritual, experimentando una pronunciada impotencia para hacerse camino en el medio ambiente. En sus momentos neurasténicos, de fastidio y aburrimiento, se siente desorientado fluctuando entre exaltaciones y abatimientos. Está buscando, pues, un orden y un sentido en las mil cosas que están revueltas en su conciencia, y por encima de todo quiere escapar hasta a

tos, lo que me parece muy plausible.

⁸ Basta decir aquí que en esos textos, que me interesan tan solo de modo tangencial, se utiliza un lenguaje crítico eficaz y expresivo. Fueron escritos aparentemente para un programa (“Florilegio de poetas”) organizado por el Ateneo de Madrid en 1913. Se trata, pues, de una crítica personal pero bien informada, y de estas páginas se desprende de inmediato que Fortún es un amigo de la emoción que de los preceptos horacianos.

sí mismo y de la realidad. Agotadas sus fuerzas vitales, repite a menudo su deseo de alejarse de Madrid, de huir y explícitamente de no tener que pasar otro invierno allí, lo que constituiría —dice— un verdadero peligro para su alma y su cuerpo. Y de cuando en cuando una referencia a su ilusionismo amoroso. A mi juicio la carta más significativa en el presente contexto es la de febrero de 1911 (¿?), en ella sin vacilaciones habla de su estado de ánimo depresivo y frustrado:

... Desear ... Esta inquietud tremenda de todas mis horas, esta angustia que me ha traído adonde estoy ahora, no tiene otra causa ni otro motivo. La importancia de las cosas no está en las cosas mismas, sino en la vehemencia o en la frialdad de nuestra mirada. Y la mirada nace de la intensidad de nuestro deseo. Toda la enorme tensión espiritual de los judíos —creo que yo tengo gotas de sangre semita—, que les ha hecho el pueblo más inteligente de la tierra, pero que les ha impedido formar en la tierra un pueblo, creo que nace de lo infinito de su deseo. Un deseo tan devorador, tan potente, que cuando llegó el instante de la realización no les deja creer: han de seguir esperando; el deseo es mejor alimento espiritual que la posesión (*R*, p. 145).

Antes, en la misma carta, Fortún confiesa que está lejos también la realización de su vago afán artístico, y del proceso creador y las aptitudes poéticas opina:

... Seguramente se puede ser poeta por ardor intelectual, por melancolía, por moral: toda materia es buena con tal que llegue a ser formulada conscientemente; es decir, que en un momento la voluntad artística prevalezca, triunfe sobre la cualidad del sentimiento. Pero aquí está el peligro. Si la pasión es fuerte, la sensualidad ardiente, el ímpetu apostólico sincero, la obra o será tanto más bella, más completa, o no será, por triunfar sobre la voluntad artística el ímpetu, la sensualidad, la pasión que debieron ser la carne y la sangre para la obra (*ibid.*, pp. 144-145).

Está estrechamente unida esa angustia del creador con su propio problema psíquico:

... Es sentirse incompleto, impotente, como es el idéntico desarrollo del proceso artístico en mí: desaforada exaltación liminar, encendida y apasionada génesis —y realización lastimosa cuando la hay, cosa que, como sabes, no ocurre ya hace bastante tiempo.

¿Causas? De lo primero, en lo artístico seguramente... exceso de inteligencia, de sentido crítico (*ibid.*, p. 46).

De este modo con un estado psíquico característico de un joven sensible e inteligente a la vez se combina no sólo un afán analítico sino también una salud siempre precaria.

UNA VIDA INCOMPLETA

Fernando Fortún nació el 30 de mayo de 1890 en Madrid y murió en Las Rozas (Provincia de Madrid) el 6 de mayo de 1914 a consecuencia de tuberculosis pulmonar, antes de cumplir lo veinticuatro años. Terminado el bachillerato en el Instituto General y Técnico de San Isidro en 1906, ingresó en la Universidad Central, Sección de Derecho, Facultad de Filosofía y Letras e inicia sus estudios universitarios en el curso de 1906-1907, completándolos tres años después en 1910. Su vida literaria abarca apenas ocho años: perteneció al grupo numeroso de poetas y bohemios que rodeaban a Villaespesa y seguramente asistía también al salón de Carmen de Burgos (Colombine) hacia los mismos años. Colaboraba, con verso y prosa, en la *Revista Latina* (1907-1908) de Villaespesa, en cuyas páginas figuraban todas las importantes firmas del día. Es muy probable que Fortún haya publicado también en la *Revista Crítica* (1908-1909), que dirigía Carmen de Burgos⁹.

Se le menciona de cuando en cuando en las memorias de la época. Felipe Sassone, quien reseña *La hora romántica* (*Revista Latina*, marzo de 1907, núm. 6, pp. 49-50), se acuerda de la casa barata donde vivió Villaespesa y allí conoció a varios escritores inclusive al joven poeta Fortún¹⁰; Ruiz Contreras, que en aquellos entonces frecuentaba la casa de Carmen de Burgos, se refiere a Fortún como "poeta delicado que murió en la flor de su edad"¹¹ y por su parte Pío Baroja recuerda haberlo conocido en un viaje en carricoche desde Denia a Alicante, agregando "...creí que sería, como decían entonces, muy modernista; pero al hablar co-

⁹ Lo confirma BONET (art. cit., p. 43) y agrega que también publicó en *La Lectura*.

¹⁰ FELIPE SASSONE, *La rueda de mi fortuna*, Madrid, 1958, pp. 347-348.

¹¹ LUIS RUIZ CONTRERAS, *Memorias de un desmemoriado*, Madrid, 1961 p. 484.

él, vi que era entusiasta, como yo, de Carlos Dickens y de Paul Verlaine”¹².

De mayor importancia que estas referencias escuetas para la semblanza de Fernando Fortún son los testimonios de tres amigos que influyeron en su vida y orientación literaria: Tomás Morales, Enrique Díez-Canedo y Juan Ramón Jiménez. Desde muy temprano se formó entre el poeta madrileño, levemente menor, y el poeta de la Gran Canaria una entrañable amistad. Morales fue, por supuesto, un poeta de cierta categoría en las postrimerías del modernismo peninsular, combinando resonancias de Darío y Rueda con una predilección por algunos temas más sencillos o menos cosmopolitas (recuerdos sentimentales de la infancia, motivos hogareños y modestos). Se destacó desde un principio como poeta del mar y del puerto de Gran Canaria, y luego abandonó este mar humano y vivido para sumergirse en otra visión más amplia de un mar mitológico expresada en sonoros versos de largo aliento, de corte clásico¹³. Morales es, pues, un poeta elocuente en el mejor sentido de la palabra, autor de odas escritas en versos recios y resonantes, y la poesía más delicada de su juventud parece ceder ante el empuje de los versos de tono mayor que caracterizan su plenitud.

Fortún publica un largo comentario sobre el primer libro de su amigo (*España Nueva*, 26 de junio de 1908, núm. 775). En *Poemas de la gloria, del amor y del mar* elogia la original y fuerte personalidad de Morales, y considera la parte más novedosa e intensa del libro los poemas inspirados en el mar y el puerto, mundo no explorado en la nueva poesía española. Fortún, después de haber señalado el parentesco entre Morales y Tristán Corbière, otro hijo del Atlántico, niega que sea parnasiano aunque en algunos sonetos pudo parecer discípulo de Heredia, y “... canta el mar con un amor filial y romántico que ha cristalizado en una hermosísima poesía, luminosa, magnífica e impecable, de las más bellas

¹² PÍO BAROJA, *Desde la última vuelta del camino*, Barcelona, 1970, t. 1, p. 655.

¹³ ENRIQUE DÍEZ-CANEDO, “Tomás Morales”, en *Estudios de poesía española contemporánea*, J. Mortiz, México, 1965, pp. 192-193. Sobre el poeta canario es de indispensable consulta la excelente obra de SEBASTIÁN DE LA NUEZ, *Tomás Morales: su vida, su tiempo y su obra*, 2 ts., Universidad de La Laguna, 1956. Reproduce también (t. 1, p. 209) una interesante carta de Fortún, escrita hacia 1911, a su amigo en que ironiza sobre el teatro de Villaespesa y habla de otras actualidades literarias del día. Véase además t. 1, pp. 95-97 y 113-116.

que ha producido la lírica española contemporánea". Menciona la perfección formal de sus admirables sonetos (el molde preferido de Fortún), y no deja de advertir la pureza lírica de las rimas sentimentales, "que suenan como un llanto de una fuente en crepúsculo". Con esa melancolía romántica de los recuerdos con una poesía del pasado pueden identificarse ambos poetas como luego veremos. Con brevedad se ocupa de los "poemas de la gloria", algunos de acento madrigalesco y un aire de sensualidad modernista. Constituyen, a pesar de su belleza rítmica, parte menos original del libro según Fortún.

Tomás Morales dedica el poema VI de la sección "Vacaciones sentimentales" a Fernando Fortún (su título original en la *Revista Latina*: "A Fernando Fortún, poeta"), y comienza con dos versos sugestivos para establecer la herencia de ambos poetas:

Esta tarde he leído a Rodenbach. El día
ha sido el más propicio que hubo en todo el Verano...

Dirigiéndose directamente a su amigo y llamándole por su nombre, confiesa que ha encontrado en el silencio de esta tarde el alma de los salones y los muebles ("Les chambres, qu'on croirait d'inanimés décors"). El poema sigue la pauta intimista del poeta belga de *Les vies encloses* y *Le règne de silence*, es decir el objeto que sí constituye un punto de partida para engendrar todo un aire lírico, e identificándose con él, el poeta revela en el acto contemplativo la parte más íntima de su propia alma. Se utiliza el espíritu del poeta y se vuelve a citar a Rodenbach: "Douceur du soir Douceur de la chambre sans lampe". Ha llegado el instante mágico: en medio del silencio y la oscuridad, el poeta se disuelve en sus sueños y se interna en el misterio de las cosas mientras avanzan las sombras del crepúsculo. De repente se oye un repique de campanas; en los muebles del salón, antes silenciosos, se efectúan cambios sensibles; y la campana ha preludiado la llegada de un viejo criado que enciende la lámpara. Se rompe, pues, el sortilegio: las sombras se vencen y se esconden. Al final el poeta asomado a la ventana contempla la paz del campo crepuscular y dice "Pensé unos versos tuyos: *Parece que mi alma / salió de mí, y se hecho el alma de este ocaso...*"

En 1914, profundamente herido por la muerte prematura de su constante amigo, Morales escribe un hermoso y sentido car elegíaco ("En la muerte de Fernando Fortún"), en el cual

menta con evidente sinceridad su fallecimiento temprano e inesperado, ocurrido en plena juventud. Ante lo ineludible de la muerte, el poeta ha quedado solo y abatido, expresando de la siguiente manera el alcance de su amistad y el dolor de la pérdida:

Tu superior hombría
dio a mi amistad hospitalario abrigo:
¡feliz yo, que podía,
al platicar contigo,
llamarte, en toda su hermosura, Amigo!

No oír ya más tu verbo,
tu amada voz que cercenó el agravio
de algún hado protervo!
¡No escuchar más el sabio
don, sosegado y noble, de tu labio!

La bondad de Fortún asegura paz y armonía para su obra; se desarrolla en varias estrofas la imagen del vaso roto, cuyo contenido líquido se derramó convirtiéndose en giros de luz; y la poesía del muerto le va a sobrevivir, alcanzando una duradera gloria, tranquila y sin honores, pero ampliamente reconocida por sus hermanos los poetas. En las estrofas finales de la elegía se expresa la inevitabilidad del último viaje¹⁴:

Emplazados nos tiene
y huir su encuentro es ilusión villana:
nadie su amor previene,
la juzgamos lejana,
y a nuestro lado está. Tal vez mañana...

Una cita tenemos
que es blanca luz en medio de mi espanto:
¡moriré y nos veremos!
No secará entre tanto
la vena dolorida de mi llanto...

¹⁴ Con motivo de la muerte del joven poeta, también VILLAESPESA entona su doliente elegía, insistiendo en la tierna edad del desaparecido, que quedó tan sólo en la promesa de realizarse más plenamente. Pide a los poetas que salven del olvido el nombre de Fortún, de espíritu puro y alma romántica, y acaba suplicando a Dios que dé al joven en la otra vida lo que le negó en ésta. La elegía pertenece al libro *Campanas pascuales* (1914) y se reproduce en *Poesías completas*, Aguilar, Madrid, 1954, t. 2, pp. 174-177.

Otro gran amigo de Fortún, con quien colaboraba en la *Antología* de 1913, fue desde luego Díez-Canedo, crítico y poeta de inmensa cultura. Sin duda influyó en el joven escritor. Al prologar en 1922 el primer libro de *Las rosas de Hércules* de Morales, no puede menos que recordar el afecto entrañable que los unía, en aquel entonces muertos los dos:

... los dos eran como esos compañeros de armas que en los viejos cantares de gesta aparecen unidos por una suerte común y llamados a igual destino.

... Empezó su amistad cuando se decidía la vocación literaria de ambos y se lanzaban por el camino en que su compañero, mayor en edad, le llevaba escasa delantera. Era Fernando más íntimo y reconcentrado. Tomás, impetuoso, cantaba en notas más altas. Uno y otro seguían, vagamente, los estudios universitarios¹⁵.

En la última edición aumentada y con el título levemente cambiado de la *Antología* se refiere Díez-Canedo a su antiguo colaborador en los siguientes términos:

... Su preciosa ayuda hizo posible no solamente el gran acopio de datos allí ofrecidos sino su coordinación, que apenas podía yo atender desde París, en donde me hallaba cuando pusimos manos a la obra. Sí pude, ya de regreso en España, cuidar de la impresión siempre con el asiduo trabajo de Fernando Fortún, de quien eran además, muchas de las versiones más felices, entonces realizadas expresamente para el libro¹⁶.

En efecto la labor de Fortún como traductor no era poca: tradujo a dieciséis poetas, con un buen número de poemas en más de un caso. Además muchas noticias biobibliográficas se debían seguramente a él. Por supuesto antes de la publicación de tan afortunada antología los dos editores se habían conocido, y por una carta de 1910 (*R*, p. 139) se sabe que estuvieron juntos en París por algún tiempo. También en otra carta, ahora de 1911 (*R*, p. 148) anuncia a Díez-Canedo su deseo de estudiar filología con Menéndez Pidal. Si no logra avanzar en esta disciplina, dice, irá a París para entrar después en el cuerpo diplomático. De Cádiz (4 de octubre de 1913) se conservan algunas líneas enviadas

¹⁵ Díez-CANEDO, *op. cit.*, pp. 189-190.

¹⁶ Díez-CANEDO, "Advertencia preliminar", *La poesía francesa del romanticismo al superrealismo*, Buenos Aires, 1945, p. 5.

mismo, en las cuales habla de sus diversiones, entre artísticas y toreras, durante su estancia en Andalucía: Zurbarán y Belmonte, Murillo y El Gallo (*R*, p. 161). Díez-Canedo siempre demostró fidelidad a la amistad que le unía con su malogrado amigo, y en 1924 escribió "...fué más amigo mío que lo ha sido nadie en el mundo... Nadie conoce acaso como yo la lucidez de su juicio, la seguridad de su gusto"¹⁷.

Las relaciones amistosas mantenidas con Juan Ramón Jiménez, con quien se pone en contacto a través de su amistad con Díez-Canedo, constituyen una importante fuente de apoyo literario como era el caso de tantos otros poetas jóvenes que iniciaban su obra hacia aquella época. Fortún admiraba mucho al poeta de Moguer, centro de gran parte de la actividad poética aunque vivía retirado de la vida literaria de Madrid. Al acusarle recibo de *Poemas mágicos y dolientes*, Fortún escribe en 1912 al autor del libro el siguiente elogio¹⁸:

... Pero hablar de sus libros, cada vez más puros, más inefables, más divinos, es algo que no puedo intentar. Tan cercanos están de mi corazón, tan fuertemente se apoderan de mí, que olvido son las más puras manifestaciones de belleza, los más altos ejemplos de arte; del nuestro actual, para considerarlos como algo natural y divino, como la primavera con rosas, como el otoño con oro... escribir a usted después de la lectura de un libro suyo, es para mí como si hubiera de escribir a Heine, a Musset, a Verlaine, a Guérin... (*R*, p. 159).

Al menos en dos ocasiones Fortún consultó al poeta andaluz sobre la formación de una antología de poetas modernos españoles, que piensa editar con Ángel Vegue y Goldoni, obra que nunca llegó a publicarse. Parece que el único americano que se iba a incluir era el indispensable Darío, y quizá se hiciese la excepción de Icaza porque se había hecho poeta en Madrid. Unos meses después (septiembre de 1910) vuelve a hablar de la proyectada antología en una carta a Jiménez: ahora los editores han cambiado de idea y piensan hacer un florilegio selecto y riguroso. En el mismo lugar (*R*, pp. 140-141) Fortún señala los títulos de

¹⁷ BONET, art. cit., p. 43.

¹⁸ En otra carta anterior (1910) se refiere Fortún en altos términos de elogio a la emocionada e intensa impresión que ha producido en él la lectura de *Elegías lamentables*, obra leída en horas de enfermedad y crisis espiritual (*R*, p. 147).

poemas de Juan Ramón que quiere incluir desde *Rimas* hasta las obras más recientes, y declara que lo apartado de Juan Ramón Darío, Antonio Machado y Marquina llenaría el volumen¹⁹. Por su parte, Juan Ramón no sólo cuida desinteresadamente la edición póstuma de *Reliquias*, sino que también hace un retrato de Fortún que no figura en la primera edición de *Espanoles de tres mundos* (Buenos Aires, 1942). El texto inconcluso se recoge en ediciones posteriores y de él transcribo, con cierta extensión, algunos fragmentos que definen el modo de ser del joven poeta:

En nuestro pequeño grupo espartano ordenado por una amistad apolínea, pura, pero sin aquella sequedad ascética con que aspiraba a la efímera e inútil (y vana) corona de perejil, tú, Fernando, eras el más joven y quizás el más dulce. Llegabas sonriente y afable, adornado de buenas maneras, y dabas la mano con una blandura leve y efusiva. Parecías un Chopin adolescente y elegantísimo fresco y mustio a un tiempo; tu sonreír mustio y caído revolaba alrededor de todo tu rostro como una pálida mariposa amable; revuela alrededor de ese rostro inefable de la mujer tísica de Goya un poco ajado todo tú, me parecías un joven ciprés abatido levemente por yo no sé qué viento.

Algo mundano y ligeramente indolente, como si tuvieras pereza de dejar de oír un solo instante, para cantarla, la música sin nombre que oías fluir en los románticos jardines de tu imaginación a las fuentes del prado único...²⁰

BREVE APROXIMACIÓN A LA POESÍA DE FORTÚN

En 1906 se publicó en Madrid una curiosa y desconcertante antología con el título de *La corte de los poetas*, editada por el poeta bohemio Emilio Carrère, cuyo prólogo agresivo atacaba a los académicos y el convencionalismo de los poetas viejos. Esa antología aspiraba a representar la juventud, desde Darío para abajo, y, a pesar de sus grandes defectos y contenido heterogéneo, es la respuesta modernista a sus detractores. Un par de años después, en 1908, apareció otra antología titulada *La musa nueva*, editada por Eduardo de Ory, quien afirma que hay también otros

¹⁹ Por una carta de Fortún a Alonso Quesada, se sabe que en 1913 pensaba editar, con Canedo y Salinas, otra antología “seria y severa”. BONI art. cit., p. 44.

²⁰ JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, *Espanoles de tres mundos*, Aguilar, Madrid, 1942, pp. 289-290.

núcleo de poetas en España, no de la corte sino de la provincia, todos ellos excluidos de la obra anterior. Estos poetas jóvenes, según el prologuista, escriben con mayor naturalidad y menos amaneramiento, atentos a la expresión de las sensaciones del alma. Esta segunda antología de transición, pues, constituye ya una palpable reacción ante el exotismo de un modernismo exagerado e inútil, optando los escritores por una poesía más cerca de la vida que del arte, rasgo característico del llamado postmodernismo en ambos lados del Atlántico. (Entre paréntesis, el editor incluye de Fortún la composición “Spes”.) Fernando Fortún vive esos años intermedios, es decir, entre los últimos rescoldos del modernismo y las primeras obras de los precursores de la Generación de 1927. Así es que nace a la vida literaria en la época de las postrimerías de un modernismo agonizante, en vías de ser superado en sus aspectos más exteriores cuando se iniciaba una concepción estética tal vez más humana e íntima. Otro hecho capital: los mayores poetas y maestros de los primeros años del siglo, Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado, ya para estas fechas se habían distanciado del modernismo para crear sus propias personalidades. Desde luego, ese modernismo diluido se desenvuelve a menudo en una poesía de provincia, dirección evidente, por ejemplo, en el realismo sentimental de Andrés González Blanco, cuyos *Poemas de provincia* (1910) tuvieron amplia difusión tanto en España como en Hispanoamérica aun antes de ser recogidos en libro. En Fortún considero profundo el influjo, entre irónico y sentimental, de Jules Laforgue (“Laforgue: Pierrot entre el barro del miércoles de ceniza”, *R*, p. 123), porque ambos deseaban eliminar la solemnidad y elocuencia de la poesía mediante una visión más cotidiana de la vida. Además, al leer a Fortún, es difícil no pensar en la poesía suave y recatada de Rodenbach y Francis Jammes.

Decir que *La hora romántica* es una obra juvenil, a veces ingenua, no puede ser motivo de sorpresa, porque Fortún tenía diecisiete años cuando se publicó. Muy distinta es su poesía posterior aunque en el primer libro comienza, poco a poco, a encontrar un tono propio y personal. Dado el título de la obra, se espera, por supuesto, un fondo romántico de melancolía y desconsuelo, pero no es excesiva la expresión de esa tristeza íntima: se rehuye lo estridente y lo áspero. Más bien el poeta parece resignarse, con actitud serena, ante el dolor del sufrimiento y la frustración de sus ilusiones. Su vida, de jornadas grises y días opacos, pasa aparentemente sin grandes sacudimientos, y hasta anhela una existencia menos ordinaria y más tumultuosa (“Así será...”, II). No ha

encontrado tampoco los amores sublimes y solamente siente un amor sin amar ("Heroica"). Por momentos, Fortún demuestra una fascinación por lo viejo ("El ventanal destruido"), preocupación que se intensifica después.

Sin embargo, ya se define Fortún desde un principio como poeta del silencio y de todo lo callado, evocando también lo que se acaba y lo que se muere mansamente. Es, pues, en la sección "El triunfo del silencio" (pp. 65-82), con dedicatoria a Juan Ramón cuando empieza a oírse el timbre auténtico de su voz poética:

En la tristeza del jardín silente
sólo murmura la callada fuente
su tenue y melancólica canción...
El crepúsculo trae a las ventanas
los ayes de unas voces muy lejanas
que hacen llorar de pena al corazón.

(III)

No obstante, otras voces se perciben fácilmente en los versos transcritos. También hay en otra parte del libro una serie de poemas claramente derivados y poco originales, cuya filiación modernista es obvia ("Visiones galantes", pp. 38-63). El poeta ha hecho una concesión a una modalidad poética ya preteritada, peligrosa, recreando las fiestas galantes, en salones lujosos o jardines poblados de esculturas, en los cuales, al son de músicas aladas, se mueven mujeres aristocráticas o malignas. En esta poesía versallesca hay desde luego voces armoniosas, risas argentinas hasta una princesa rubia "de ojos de Ticiano" y "labios de frisa" ("Valses"). Abundan las reminiscencias culturales y de modo especial de las artes plásticas, y que valgan como muestra de esta poesía superficial, pronto abandonada para siempre por Fortún, los siguientes versos:

Finas voces de plata sonetos de Aretino
musitan armoniosas, prometiendo al sonar
voluptuosas, vagas, un galardón divino
para aquel que tuviera la dicha de triunfar.

Porque eran unas justas de amor y poesía;
se recitaban versos al son de un bandolín;
y la luz de la fiesta, sus risas, su alegría
por abiertos vitrales llegaban al jardín.

("El triunfo del bufón")

Según Villaespesa (prólogo, p. 13) lo más bello de *La hora romántica* se encuentra en la sección “Recuerdos de infancia”, en la cual se impone por supuesto la visión de un pasado vivido íntimamente:

Opacos días grises de mi infancia, lejanos
os remembro en instantes de hastío y de pereza,
y llorando de tedio veo que sois hermanos
de estos otros que pasan con la misma tristeza.

Apagados recuerdos. . . No sufro más dolores
que el dolor infinito de soportar la vida
monótona y silente, guardando los amores
divinos hasta el último día de la partida.

(II)

Lo que tiende a borrarse y esfumarse en la lejanía se revive, momentáneamente, gracias al don de la memoria, con una nueva intensidad en el presente para luego perderse una vez más en el fluir del tiempo (V). Al contemplarse Fortún pregunta al espejo quién es, al mismo tiempo que insiste en la lejanía de los recuerdos infantiles, y quiere “saber, si siendo un viejo hay en mí un niño, / o siendo aún un niño, hay en mí un viejo” (I). En delicado soneto emotivo (“La caja de juguetes”) pasa revista al contenido de la caja, y, entre los juguetes recordados de aquel tiempo, el último: “una muñeca rota y lastimera, cuya dueña gentil fue la primera / por quien latió mi pobre corazón”. Por fin la poesía “Spes”, de verso menor, resume el resignado romanticismo de Fernando Fortún, y traza a la vez la trayectoria vital del joven escritor, solo y callado. Sus esperanzas mueren como los reflejos de las llamas del fuego; se llena el alma de miedo ignoto; y piensa el poeta en la infinita soledad de la noche mientras espera lo que no llegará jamás.

Formal y temáticamente Fortún ha pagado inevitable tributo al modernismo de la época (los sonetos alejandrinos, los motivos de los viejos parques y lo versallesco) y no puede ser de otra manera. Por otra parte, *La hora romántica* es un delicado libro sin asperezas y de clara filiación simbolista que anticipa sin duda algunos logros definitivos de años posteriores.

Las poesías de Fortún coleccionadas por sus amigos en *Reliquias* (pp. 11-84) se escribieron entre 1907 y 1913, completando, junto con el volumen anterior, la exigua obra en verso del escri-

tor. Algunas de las composiciones de la última etapa aseguran a Fortún un lugar decoroso en la lírica moderna peninsular. Poesía, pues, que merecería ser más conocida. Se trata en fin de un poeta más maduro que ve ahora los temas románticos con ojo crítico, a veces con ironía y con cierta ambigüedad, todo lo que confiere una nota más moderna a sus últimos versos. Poesía también más exacta y más objetiva, en que tiende a matizar la expresión de la sensibilidad de antaño. Dicho de otra manera, Fortún y no se abandona totalmente a la emoción, sino que la domina, no ella a él. Predominan, a mi juicio, en estos poemas finales dos vertientes fundamentales: una temporal (un pasado revivido) y otra espacial (la aldea y vida de provincia).

El pasado evocado por el poeta suele ser ahora el de las primeras décadas del siglo anterior. Ese pasado decimonónico, evidentemente romántico, es más glorioso y más bello que el presente actual de cuidados pequeños o hechos banales. Lo más singular, es que el poeta se instala directamente en lo de antaño para realmente vivirlo y no sólo recrearlo. En "El viejo café" el poeta evoca a los tipos novelescos de antaño, conspiradores y revolucionarios fogosos, que decían sus discursos y versos byronianos, pero finalmente se anula ese aire heroico y de repente se vuelve a la trivialidad burguesa de la vida ordinaria de hoy. El poeta cree verlos todavía sentados a las mesas del café "... donde se escucha ahora / el sosegado hablar de estas gentes burguesas / y en el piano, el sueño de un triste vals que llora. ..." Otro ejemplo del mismo tipo de superposición temporal: "Estos hombres astrosos. ..." Así los tópicos románticos que una vez fueron bellos se desvalorizan. En otra poesía Fortún describe el encanto de ciertos trozos de las óperas antiguas, ahora cursis y pasadas de moda, que las muchachas cantaban con sentimiento y emoción. Y ante la partitura romántica, colocada todavía en el atril, se exclama: "... ante ti pasa toda / la historia de aquel dulce amor estudiantil. ... ¡oh, aquella niña cursi que creí mi ideal!" ("Partituras románticas").

Fortún recrea también aquellos viejos salones y sus secretos adornados de retratos y espejos, así como a los hidalgos que habían combatido en las guerras carlistas y también a los *dandys* *afrancesados* ("de melenas nevadas y próceres maneras") que lamentan el presente antes de quedarse dormidos en sus sillones. Habla con clara nostalgia de las miniaturas y de los abanicos, de las porcelanas y los tapices, así como de las mujeres con sus vestidos de cola y tocados antiguos. Y hasta pregunta a las damas cordi-

les y coquetas (“con las almas de fuego en un cuerpo de nieve”) “¿por qué esa época vuestra no habrá sido la mía?” (“Sonetos románticos”, I). A otro soneto de la misma serie (VI) pertenecen estos versos finales que dan una dimensión tal vez menos solemne a los cuadros de las damas románticas del XIX: “Por vosotras, románticas, aun mi corazón arde; / a este mundo tan viejo, he venido muy tarde; / debí ser vuestro amante y he sido vuestro hijo”. En la mayoría de los casos se trata de un pasado de esplendor, con que se identifica el poeta, instalándose en aquellos tiempos y compartiendo con las gentes de entonces sus pequeños dramas. También en el poema “En el silencio de la biblioteca...” se combina con su amor por todo lo viejo esa misma doble dimensión temporal mientras lee en la biblioteca municipal, rodeado de los tomos polvorientos que hablan de otras vidas y otras épocas.

Son varios los poemas de Fortún agrupados en las secciones “Notas provincianas” (pp. 39-53) y “En la paz campesina” (pp. 54-70), en los cuales describe la tranquilidad y quietud de la vida de provincia, siempre igual e invariable. Poco o nada rompe el idilio eglógico del campo y la existencia apacible de sus habitantes. El poeta pinta ese mundo cerrado y rutinario de los curas de aldea, de las niñas que en el balcón visten a sus muñecos y de los labradores que a la noche regresan a sus hogares. Como en toda poesía de provincia se oyen esquilas y campanas; se celebran paseos dominicales seguidos por meriendas campestres. Todo huele a paz y a limpieza. La siguiente estrofa es característica de la tonalidad tranquila de esta poesía, que está además siempre atenta a las percepciones sensoriales:

Todo el campo es un dulce olor de membrana,
que aroma santamente el silencio aldeano.
El ocaso de oro entra por mi ventana
con el sereno ritmo de un verso virgiliano.
(“Todo el campo...”)

Los versos que ahora se transcriben son típicos por el estilo nominal, de fuente impresionista, pero sobre todo interesan porque en ellos se ve cómo el espíritu del poeta y la naturaleza se funden en estrecha unión:

Juegos de niños, lejos... Magnolias... Paz... Olvido
Como el balcón en donde a soñar he venido,

mi alma, a la tarde, está de par en par abierta.

Y entra, en el claro torrente de pureza y frescura,
siendo agua azul y limpia, el ocaso de seda
que, como un manso arroyo, dentro de mí murmura,
y en mi alma, que es su cauce, tranquilamente rueda.
("Campanas vesperales")

En otro poema Fortún describe la llegada estrepitosa de la diligencia e insiste en cómo todo se repite, sin cambio y con ritmo igual, e ida la diligencia a la tristeza de la tarde vuelve la calma de antes. Cuando los viajeros desconocidos, grises y opacas sus siluetas, descienden del coche recuerdan al poeta *unos daguerrotipos borrosos*. Quisiera llamar la atención sobre esta imagen porque Fortún tiene una predilección especial por todo lo pictórico. En efecto, una sección de sus poesías en *Reliquias* se titula precisamente "Cromos" (la designación es suya y no de los editores) con insistencia notable recurre en sus modos de decir a representaciones pictóricas: *oleografía, cuadro viejo, grabado, antigua estampa retablo*. Otros ejemplos del mismo procedimiento:

Las figuras ingenuas que rodean la mesa
forman un interior de la escuela holandesa:
("Es mediodía")

Amo, en silencio siempre, una imagen angélica
en un viejo retablo de un pintor primitivo...
("Idilios")

y una expresión bronceína, adusta, dura y fiera,
cual las antiguas mártires pintadas por Ribera.
("Las viejas serranas")

una mancha polícroma bajo una sombra amena,
perturbando el severo paisaje velazqueño...
("Cromos", III)

Es un enjuto hidalgo acartonado y seco;
parece su cabeza una que pintó el Greco,
("En tierra vasca", II)

Y tampoco faltan las referencias literarias: Rabelais, Scarron, Musset, Espronceda, Zorrilla y varias otras.

El largo poema “En tierra vasca”, dividido en siete partes desiguales y publicado en 1907 en la *Revista Latina*, fue favorecido al menos por dos antólogos tempranos de la poesía española moderna (José Brissa y Segura de la Garmilla). Sin duda alguna el poema ofrece momentos muy valiosos y a la vez representa algunas de las cualidades típicas de la poesía de Fortún. Él siente la tristeza y la vejez de la villa de Hernani (“en donde crece el musgo de la melancolía”, I). Un día era grande el pueblo pero ahora es solamente “. . . una sombra / envejecida y triste como el alma española” (I). En el ambiente, la humedad y la incesante lluvia, y el poeta encuentra un símbolo del dolor de vivir en la hiedra que cubre la piedra:

Sobre la renegrida vetustez de la piedra,
crece, como el dolor de la vida, la hiedra.
Y es su verdor más triste que lo gris del granito.
Tiene el lejano encanto doliente e infinito
del alma que está enferma por la melancolía. . .
Y la hiedra recubre también el alma mía,
que el dolor, la tristeza, las muertas ilusiones,
han hecho ya tan vieja como estos caserones
que tienen como arrugas de un rostro envejecido. . .
(IV)

En cambio, un día de primavera trae todavía una nota de esperanza: gratos son los perfumes a menta y mejorana que aspiraba de niño, un cielo de cristal ha triunfado sobre la bruma invernal, y se oyen repiques alegres aquel día abrioleño. El sol llega también a los caserones pueblerinos:

Y las viejas mansiones, oscuras y musgosas,
se diría que al sol se encuentran temerosas,
apiñándose en masas adustas y sombrías
ante esta luz que no es la de todos los días.
(V)

Fragancias, luces tamizadas, sonidos o silencios se perciben en la calma de aquella villa muerta, y el poeta por momentos parece perder su inquietud, entregándose a sus ensueños de una virgen rubia que nunca le ha querido (VI).

Algunas composiciones incluidas en *Reliquias* son de tipo diferente y por tanto merecen señalarse en apretada síntesis ahora que me acerco al término de estas notas. Un evidente ejemplo:

el soneto endecasílabo “Tarde madrileña” se inspira en el bullicio y movimiento de algún domingo en la capital, u otro que evoca una noche de verbena (“Cromos”, V). Otras poesías, en verso menor, traen eco de las formas populares (“Canción de ronda” “Canción de camino”, etc.), y en “Las viejas serranas” se puntualiza la dura existencia de las segovianas agotadas por el trabajo diario. Por último “¿Qué buscas en los libros...?”, de tono filosófico, sugiere que los libros pueden constituir una fuente de consuelo para que el hombre alivie su pena y soledad en un mundo inhóspito. Para enriquecer la vida y hacerla florecer, el hombre, perdido y solo, busca en los libros algo que lo sustente en su calvario y algo con que pueda identificarse plenamente.

El destino no permitió que Fernando Fortún se realizara enteramente, pero sí es autor de algunos buenos poemas, de acento personal, que le merecen un lugar respetable en la poesía española entre las postrimerías del modernismo y los primeros brotes de la poesía contemporánea. Quizá va un poco más Gimferrer en su acertada valoración de la lírica de Fortún cuando afirma “... llegó a escribir ese indispensable puñado de poemas inconfundibles, que todo poeta necesita para no desdibujarse, para no ser sólo un nombre más sino precisamente el autor de estas piezas y no de otras cualesquiera”²¹. Siempre atento al simbolismo y a la obra de sus pequeños maestros (Laforgue, Rodenbach, Samain, Jammes), escribía una poesía delicada y esencialmente lírica, y se define, en sus mejores momentos, como poeta del pasado y amante de todo lo viejo. Su vaga melancolía nos habla de cosas que nos entristecen y que nos gustan al mismo tiempo. Nunca estridente, cultiva los silencios sugestivos y llenos de inefable emoción. Escribe de cosas grises y humildes, de temas y motivos de la niñez, y cobran nueva vida en su poesía los pequeños objetos familiares de todos los días. Y así Fernando Fortún, tierno e irónico, se acerca a la vida interior de las cosas, logrando unos instantes de auténtico lirismo personal.

ALLEN W. PHILLIP

University of California, Santa Barbara
Emerita

²¹ GIMFERRER, “Fernando Fortún, ahora”, p. 240.